

bien, esta accion que dicho barbarismo figura con el auxilio de una flor de retórica, realizóla en Bartolomé Anacoana, la Flor de Oro, con verdaderas flores, pero qué flores!

La espléndida flora de las Antillas pagó los gastos de elegancia de todas las fiestas dadas á los españoles. La misma reina, en una especie de representacion dramática cuya música y letra eran de su composicion, se presentó en medio de sus ninfas, cubierta con un traje compuesto únicamente de flores, pero de flores reunidas con tal arte que hubiera causado envidia á las primeras floristas de Sevilla y Búrgos.

Finalmente, estos encantos infantiles eran en Anacoana de alta y leal política. Al despedirse Bartolomé de Behechio y de su amable hermana, habia depositado tanta confianza y respeto como admiracion en esta Isabel del nuevo mundo.

Tranquilo en lo sucesivo, y sin temer ninguna diversion hostil de la parte del Xaragua, se corrió hacia la Vega Real, donde tuvo el pesar de combatir á Guarionex quien, de aliado y amigo que era de España, habia sido impelido á la rebelion por resentimientos demasiado justos.

Despues de haber derrotado y hecho prisionero á este cacique, que devolvió á la libertad á ruegos de sus súbditos, habia castigado con pena de muerte á dos jefes inferiores, y al propio tiempo al autor del principal ultraje que habia hecho tomar las armas á Guarionex. Al mismo tiempo, furioso Roldan como puede creerse, por las fiestas dadas á Bartolomé, habia aprovechado la ocasion para volver contra el aliado del Adelantado las armas que de este habia recibido con el título de Gran Juez de la isla, y, miéntras que su bienhechor, vuelto al Xaragua, recibía allí, en medio de un nuevo triunfo, el tributo y el acta de vasallaje de Behechio, él se habia erigido en defensor de los Indios que se titulaban oprimidos por el Adelantado, y habia reunido á su causa, bajo este pretexto, á sus verdaderos, á sus únicos opresores.

En aquel momento habian llegado de España las noticias más desfavorables á los Colones. El Almirante figuraba en ellas como en desgracia, y una de las pruebas que se daba de ello era que no habia sido confirmada oficialmente la elevacion de Bartolomé á la dignidad de Adelantado.

Hé aquí pues el estado en que se hallaban las cosas, cuando, avisado del regreso de su hermano y habiéndole encontrado ciego, enfermo y casi moribundo, expuso Bartolomé á Cristóbal la situacion de la colonia y le entregó su gobierno.

La primera medida del Almirante fué la confirmacion pública de todo los actos de su hermano, y la condenacion de los de Roldan; al mismo tiempo escribió una carta á este que no podemos copiar aquí por su demasiada extension; pero todo lo

que de ella puedo decir, es que no se comprende que un hombre honrado haya podido resistirsele.

Roldan no era más que un hombre hábil: poco conmovido por la lectura de la carta, fuélo más por las consideraciones que hizo valer cerca de él el prudente y fiel Carvajal que había estado primero al servicio de Colon: pero este gran corazón tuvo esta cualidad, preciosa entre mil, que jamás se perdió su confianza, á no ser que efectivamente se le hubiese hecho traición.

El resultado final le dió razón respecto de Carvajal, como de Guacanagari.

El oficial español supo reducir á Francisco Roldan, y no creyendo este más que á medias en la desgracia de los Colones, dictó, ó poco faltó, á Carvajal una especie de convenio que, vista la dificultad de las circunstancias, tuvo Cristóbal Colon la prudencia de aceptar.

Dedicó entonces á los cuidados de la administración todo el tiempo que no pasó en ahogar fermentaciones de rebelión, y en todas materias desplegó una inteligencia, una actividad, una buena voluntad, una mezcla de suavidad y de firmeza á propósito para conquistarle otros hombres que no fueran aquella hez de las Españas, de que estaba casi únicamente rodeado.

Al cabo de pocos meses había decididamente atraído á Roldan á la causa del orden y del genio, y, con su ayuda, hasta había podido reprimir nuevos excesos de los bandidos. Bajo su dirección se levantaban fuertes y construcciones importantes. Había escrito á la Reina una carta acompañada de una larga Memoria como á ella le gustaban, y de aquellos regalos que siempre había recibido con tanta bondad. Finalmente, en su concepto, los derechos reales cobrados en la isla que, merced á él se elevaban á sesenta millones por año, debían llegar dentro pocos años, y así lo probó el éxito, á una cantidad diez veces mayor.

La recompensa de tanto celo y de tanta prudencia fué que un día inspeccionando las obras de ensanche de la fortaleza de la Concepción recibió una carta.

Firmada esta carta por el rey y la reina, le ponía á disposición de Bobadilla. Este, que se había instalado ya en el palacio del gobierno, citaba á Cristóbal Colon ante una comisión compuesta de cuanto había en la ciudad de Isabel de más hostil al Almirante y á sus hermanos.

Colon estaba entonces en disposición de resistir ventajosamente á una carta real que no podía dejar de haber sido sorprendida. Guarionex, Behechio, Guacanagari, todos los Indios, á una sola palabra de él, á una señal de Anacoana, se habrían levantado contra el nuevo gobernador. De tal manera esperaba este una resistencia armada, que, al presentársele el Almirante en su presencia con la confianza que le daba, no diré su inocencia, pero sí su virtud, no podía el mise-

nable dar crédito á lo que veía. Pero, recobrado muy pronto de su asombro, vengóse del miedo que aún le tenía helado mandando cargar á Colon de cadenas.

Á este hecho incalificable se siguió un simulacro de juicio, y, después de un mes del más riguroso cautiverio, Cristóbal Colon,—uno parece estar soñando al leer semejantes cosas,—Cristóbal Colon, repetimos, separado de sus dos hermanos, embarcados en otro buque, partió para España cargado de cadenas.



GÖLON ENCADENADO POR ORDEN DE BÖBADILLA